

MARK TWAIN

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

Prólogo de
José María Merino

Traducción del inglés de
María Teresa Quintana

Tiempo de Clásicos **Ediciones Siruela**

Prefacio

La mayoría de las aventuras que refiero en este libro son reflejo de la realidad; una o dos me han ocurrido a mí mismo; el resto son anécdotas de otros niños, compañeros míos de escuela. Huck Finn ha existido; Tom Sawyer también, si bien no se trata de un solo individuo; es una combinación de las características de tres chiquillos amigos. Es, pues, un trabajo arquitectónico de orden compuesto.

Las raras supersticiones de las que doy fe prevalecían entre los niños y los esclavos del Oeste en la época de este relato, o sea hace treinta o cuarenta años.

A pesar de que destino este libro a pasatiempo de muchachos, espero que no lo despreciarán los hombres ni las mujeres, ya que en parte está compuesto con la idea de despertar recuerdos del pasado en los adultos y exponer cómo sentían, pensaban y hablaban, y en qué raras empresas se embarcaban.

Mark Twain

Hartford, 1876

–¡Tom! –silencio–. ¡Tom! –silencio–. ¿Dónde estará metido ese chico? ¡Tom!

La anciana señora se bajó las gafas para mirar alrededor del cuarto por encima de ellas; luego, echándoselas sobre la frente, miró por debajo. Raramente, por no decir nunca, miraba *a través* de sus cristales una cosa tan insignificante como un chiquillo..., porque aquel par de gafas eran elegantes, la enorgullecían, y habían sido hechas para «lucir», no para ser usadas; lo mismo hubiera podido ver a través de un par de rejillas de estufa. Se quedó un momento perpleja, y continuó gritando, no fuertemente pero sí lo bastante alto para que la oyeran los muebles:

–Ya verás si te cojo; te...

No terminó la frase, porque en aquellos momentos, puesta en cuclillas, daba escobazos por debajo de la cama y perdía el aliento al manejar la escoba. No hizo salir más que al gato.

–¡Qué chico éste!

Se dirigió a la puerta, se detuvo en el umbral y miró hacia fuera entre las ristras de tomates y hierbajos que constituían el jardín. Tom no estaba. Levantando la voz, gritó en un tono lo bastante alto para que se oyera a distancia:

—¡Tom!

Un ligero ruido tras ella la hizo volverse con rapidez, la justa para agarrar a un chiquillo por las solapas deteniéndolo en su huida.

—¡Ea! Ya podía haber pensado que estabas junto a mí. ¿Qué hacías?

—Nada.

—¡Nada! Mírate las manos y la boca. ¿Qué es eso?

—No sé, tía.

—Pues yo sí que lo sé. Es confitura, eso es. Te he dicho cien veces que si no dejas en paz la confitura te pegaré. Dame el latiguillo.

El latiguillo cruzó el aire. El peligro era inminente.

—¡Cuidado, tía, mira ahí detrás!

Volvió el rostro la vieja señora, y el chiquillo, aprovechando el instante para escapar, cruzó de un salto la alta valla y desapareció. Tía Polly se quedó un momento en suspenso y luego rompió a reír bonachonamente.

—¡Diablo de chico! ¡Que siempre me deje engañar! ¡Que tenga siempre dispuesta una treta que le permita librarse del castigo! Pero no hay nada peor que un viejo loco. «Perrito viejo no aprende juegos nuevos», se dice con razón. El caso es que no repite nunca lo mismo, ni tan sólo dos veces; ¿cómo, pues, va una a adivinar? Sabe al dedillo lo que puede atormentarme antes de sacarme de mis casillas, y el pillastre sabe también que cuando logra engañarme, o hacerme reír, se ha derrumbado todo y no puedo ya pegarle. No cumplo con mi deber para con este chiquillo, realmente. «Estaca al chico y no economices la vara», dice el buen libro. Comprendo y lamento mi pecado. Es más malo que Barrabás, pero ¡qué puedo hacerle, si es hijo de la que fue mi hermana, pobrecillo, y el corazón no me deja castigarle severamente! Cada vez que se escurre, mi conciencia me lo recrimina; y cada vez que le pego, mi corazón se destroza. «Son contados los días del hombre que ha nacido de mujer y muchos sus pesares», dice la Sagrada Escritura, y reconozco que así es. Esta tarde hará novillos y me veré obligada a

castigarle haciéndole trabajar mañana. Es duro obligarle así los sábados, cuando todos los chiquillos huelgan, pero como sé que le repugna el trabajo más que cualquier otra cosa, debo exigirselo; es preciso que cumpla con mi deber hacia el chico si no quiero echarlo a perder por completo.

Tom hizo novillos y se divirtió de lo lindo. Llegó a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el negrito, a asestrar leña para el día siguiente y partir unas astillas antes de cenar, a tiempo para explicarle sus aventuras, mientras Jim, escuchándole, hacía las tres cuartas partes del trabajo. Sydney, el hermano menor de Tom, o mejor dicho, su medio hermano, trabajaba también (recogía astillas); era un chiquillo tranquilo; su alma no era aventurera.

Mientras Tom cenaba, escamoteando azúcar tan pronto se le presentaba la ocasión, tía Polly le hacía preguntas de doble sentido; deseaba pillarlo en cualquier cosa comprometedor. Como la mayoría de las almas sencillas, estaba convencida de poseer una gran habilidad diplomática, y consideraba sus más simples ideas como maravillas de ingenio. Decía:

–Debía de hacer un calor regularcillo en la escuela, ¿verdad, Tom?

–Sí, tía.

–Mucho calor, ¿verdad?

–Sí, tía.

–¿No te entraron ganas de nadar, Tom?

Tom se amoscó; entraba en sospechas. Levantó la mirada hacia tía Polly, pero no leyó nada en su rostro, y contestó:

–No, tía..., no muchas.

La vieja señora tendió la mano y, tocando la camisa de Tom, dijo:

–Pero ahora no tienes calor, ¿no es cierto?

Y se sintió halagada al reflexionar que había descubierto que la camisa estaba seca, sin que nadie hubiese comprendido lo que pensaba. Tom, que sabía muy bien de qué lado soplabla el viento, se puso en guardia por lo que pudiera ocurrir.

—Algunos de nosotros nos hemos mojado la cabeza; la mía está empapada. ¿Ves?

Tía Polly, contrariada al comprobar que se había descubierto su treta y perdía la partida, tuvo una nueva inspiración.

—Tom, supongo que no se te habrá descosido el cuello de la camisa cuando te has mojado la cabeza, ¿verdad? ¡Desabróchate la chaqueta!

El miedo desapareció del rostro de Tom. Se desabrochó la chaqueta. El cuello de su camisa estaba firmemente cosido.

—¡Caramba! Estaba segura de que habías hecho novillos e ido a nadar. Pero te perdono, Tom; reconozco que esta vez te has abstenido de hacer travesuras, quizá por aquello que dicen de que «gato escaldado...».

Se sentía disgustada al ver que su diplomacia le había fallado, aunque igualmente contenta al comprobar que Tom, por una vez, no había hecho nada malo.

Pero Sidney dijo:

—Tía Polly, me pareció que habías cosido el cuello de Tom con hilo blanco, y ahora lo está con hilo negro.

—¡Cómo! ¡Es verdad que lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Tom no esperó el final. Se marchó y, ya junto a la puerta, gritó:

—Sidy..., ésta me la pagarás.

Cuando estuvo fuera del alcance de su tía, Tom dirigió una mirada a dos grandes agujas que llevaba prendidas en la solapa de la chaqueta, una enhebrada con hilo blanco y otra con hilo negro, y murmuró para sí:

«Tía Polly no se habría dado nunca cuenta si no hubiese sido por Sidy. A veces también ella se confunde. Coge el hilo negro en vez del blanco. Ella sola no se hubiera dado cuenta. Sidy no ha jugado limpio».

Tom no era ciertamente un muchacho modelo. Pero conocía muy bien este tipo de muchacho modelo... y le asqueaba.

A los dos minutos, o quizás antes, se había olvidado de

todos sus quebraderos de cabeza. No porque fuesen menos importantes para él de lo que puedan serlo para un hombre hecho y derecho, sino porque un nuevo y potente interés los esfumaba hasta hacerlos desaparecer de su imaginación; hasta los hombres olvidan las desgracias en la excitación de una gran empresa. Su nuevo interés radicaba en una variación del arte de silbar, variación que había aprendido de un negro y que deseaba con el alma ensayar a sus anchas sin ser molestado. Consistía en una tonada parecida al canto de un pájaro, interrumpida por una especie de gorjeo producido con la lengua, que a cortos intervalos ponía en contacto con lo alto del paladar. Tal vez el lector pueda recordarlo si ha sido alguna vez chiquillo. La atención que necesitaba el canto pronto dio al traste con todo, y deambuló calle abajo, con la boca rebosante de armonías y el alma de gratitud. Se sentía tan satisfecho como un astrónomo al acabar de descubrir un nuevo planeta. No hay duda, sin embargo, de que, en cuanto a fuerza, intensidad y pureza del goce, la ventaja está en ser chiquillo, no astrónomo.

Aquellos crepúsculos estivales eran largos. No había oscurecido todavía. Tom dejó repentinamente de silbar. Ante él tenía a un forastero: un chico ligeramente más alto que él. En aquel pueblecito de San Petersburgo, un recién venido, cualquiera que fuese su edad o su sexo, resultaba una curiosidad impresionante. El muchacho iba bien vestido, demasiado bien vestido para un día de trabajo. Constituía algo portentoso. Su gorra era un primor; su chaqueta, de tela azul, cuidadosamente abrochada, era nueva y elegante, lo mismo que sus pantalones. Llevaba zapatos, y era sólo viernes. Hasta llevaba corbata, hecha de una preciosa cinta. Tenía un aspecto ciudadano que amoscaba a nuestro Tom. Cuanto más miraba Tom a aquella espléndida maravilla, más se dilataba la nariz del más alto, y más y más parecía que aumentara en estatura. Ninguno de los dos chiquillos hablaba. Si uno se movía, el otro también..., pero del mismo lado, formando círculo. Continuaban mirándose fijamente, cara a cara. Por fin dijo Tom: